

Lo que sea de cada quien

Ascensión y caída de Héctor Azar

Vicente Leñero

Como jefe de teatro de la UNAM y fundador de la Compañía de Teatro Universitario, Héctor Azar adquirió merecida resonancia cuando esa compañía fue premiada en el Festival Mundial de Nancy, en 1964, por la puesta en escena de *Divinas palabras* de Valle-Inclán, dirigida por Juan Ibáñez.

El teatro universitario se fue entonces para arriba y Azar con él. Era un hombre dinámico, siempre en acción. Un extraordinario promotor de actividades escénicas, un dramaturgo prolífico, un director respetado.

Como suele ocurrir, la notoriedad de Héctor Azar le generó animadversiones, sobre todo cuando acumuló puestos directivos que lo convirtieron en un hombre de poder. En los años sesenta fungía a un tiempo como jefe del departamento de teatro de la UNAM —llevaba siéndolo desde 1954— y como jefe del departamento de teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes. Lo zarandeaban por eso a punta de críticas y maledicencias. Grillaban para derrocarlo.

Subdirector del INBA en tiempos del arquitecto Luis Ortiz Macedo y luego director de esa máxima institución cultural, el escritor Sergio Galindo pareció recoger el clima de animadversión contra “el zar Azar” y decidió removerlo de su jefatura teatral en el INBA. Para mi desconcierto, me llamó para proponerme el cargo.

—¿Que qué!?

Debí empezar agradeciendo a mi amigo Sergio tan disputada distinción, pero me precipité con mi negativa.

Aunque por supuesto me interesaba el teatro —le dije—, no tenía facultades ni ambiciones para convertirme en funcionario. Yo era sólo dramaturgo. Además trabajaba entonces en *Revista de revistas*, un semanario de *Excélsior* al que no pensaba renunciar.



Héctor Azar

Fui tajante. Sergio Galindo no insistió.

El derrumbe de Héctor Azar se inició en 1973 con la toma del Foro Isabelino por alumnos y actores que se negaron a interrumpir la temporada de *Fantoche* de Peter Weiss. Cayó la mafia de Héctor Azar —aplaudieron sus opositores— y surgió, con el nombramiento de un nuevo jefe de teatro, la mafia de otro Héctor: el ínclito Héctor Mendoza.

En el INBA, Azar fue pronto sustituido por Salvador Jaramillo y luego por José Solé. Se quedó sin chamba.

Con la derrota en el alma y un resentimiento que no lo abandonaría nunca, Héctor Azar trató de resurgir de sus cenizas al fundar en 1975, en una amplia casona de Coyoacán con foro teatral incluido y amplios salones y hasta jardín —al margen del INBA y de la UNAM, por supuesto— su propio Centro de Arte Dramático.

Al CADAC me invitó Héctor Azar para que impartiera un taller de dramaturgia.

Me extrañó el envite. Nos conocíamos poco, de vernos casualmente o saludarnos en los estrenos, porque las obras que hasta

entonces me había montado Ignacio Retes nunca tuvieron el patrocinio del INBA ni de la UNAM. Había sido totalmente ajeno tanto a los auspicios como a los conflictos con el poderoso zar Azar. Además —se lo confesé abiertamente— yo no compartía aquellos principios dramáticos del CADAC, que su fundador había desarrollado como postulado del teatro del futuro. Me parecían rebuscadísimos, locos, porque trataban de integrar en una sola teoría y práctica —la teoría CADAC—: dramaturgia, actuación, escenografía, montaje, como si fueran un todo compacto, indivisible.

Azar no consideró problemático que yo no quisiera aplicar la teoría CADAC a mi taller de dramaturgia. Por el contrario, me dio entera libertad para que trabajara los escritos de los alumnos “con entera libertad”. Y así lo hice durante, tres, cuatro años. Tuve talleristas excelentes: Víctor Hugo Rascón Banda, Jesús González Dávila, Leonor Azcárate, Rafael Ramírez Heredia, Andrés Torres, Sergio Jiménez, Edgar Ceballos...

Un día, andando el tiempo, cuando ya éramos amigos, le pregunté, para satisfacer la vieja curiosidad:

—¿Por qué me invitaste al CADAC cuando me invitaste, Héctor? No me conocías, poco sabías de mí, pensamos muy distinto sobre el teatro.

—Sabía un secreto tuyo de muy buena fuente —me respondió—. Cuando Sergio Galindo te llamó para el INBA, tú fuiste el único que se negó a entrarle porque le dijiste a Sergio que te parecía injusto mi despido, no porque no quisieras el puesto.

A pesar de que era falsísimo ese “secreto” filtrado por no sé cuál “buena fuente” despistada, preferí mantenerlo en el error.

—Ese gesto, Vicente —remató—, no se paga con nada. **U**